

«Desde la misericordia, constructores de paz»¹

Manuel José Jiménez Rodríguez, Pbro.²

1 Esta conferencia fue realizada en la inauguración de Expcatólica el 19 de octubre de 2016.

2 Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá. Doctor en Teología Pastoral con énfasis en Pastoral juvenil y catequesis de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Manizales -CINDE-, Universidad de Sao Paulo y CLACSO.

En el marco de la inauguración de Expcatólica, quiero abordar su lema: «Desde la misericordia, constructores de paz». Esta frase la desarrollaré desde cuatro aspectos. El primero, es el fundamento de todo y se trata de entender y asumir la misericordia como principio. En los otros tres desarrollaré los modos concretos, sin presentar recetas, de cómo Jesús, desde la misericordia, construye la paz. En cada uno de ellos, se pondrá en diálogo el modo de Jesús con lo que se pide desde la investigación, educación y acción por la paz. Tres puntos voy a describir: la opción por la «noviolencia» activa, el «otro» como paradigma y la opción las víctimas.





1. ¿Qué se entiende por principio compasión-misericordia?

Jon Sobrino (1992) y otros teólogos usan la expresión «principio misericordia», porque para Jesús la misericordia no es una acción marginal, coyuntural, asistencialista o esporádica. Es un principio estructurante de su vida y de su acción.

El principio compasión-misericordia es una categoría epistemológica y hermenéutica central para comprender a Dios, a Jesús, a la Iglesia, al ser humano. La compasión y la misericordia son mucho

más que acciones a realizar, algo por hacer frente a los que sufren. Sin negar esto -porque también lo son- son más bien un modo de mirar, de comprender, que se traducen en un hacer, tal como lo muestra Jesús, de modo especial, en la parábola del buen samaritano.

Estructura fundamental de la misericordia es la reacción ante las víctimas de este mundo. El sufrimiento ajeno se interioriza. Y ese sufrimiento interiorizado mueve a una re-acción para erradicarlo y sin más motivos para ello, que el mero hecho del herido en el camino. En la parábola no aparece que



el samaritano actuara por cumplir un mandamiento, sino solo movido a misericordia.

Jesús introduce la compasión-misericordia como un nuevo principio de actuación, que responde a su experiencia y a su testimonio de Dios: un Padre compasivo y misericordioso, que se diferencia y es alternativo a formas de entender a Dios y de crear sociedades totalmente violentas y excluyentes.

Sobre esto señala Pagola (s.f.):

«La ordenación religiosa y sociopolítica del pueblo judío y la espiritualidad se caracte-

rizaba por ser una sociedad discriminatoria y excluyente. Era una sociedad llena de fronteras, que generaba discriminaciones y despertaba resentimientos. No promovía la comunión, la fraternidad y la mutua acogida. Esta visión no responde a la experiencia de un Dios compasivo. Jesús introdujo en aquella sociedad una alternativa que lo transformaba todo: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» . Es la compasión el principio que ha de inspirar la conducta humana. Dios, ama a todos sin excluir a nadie de su compasión. Por eso, la misericordia no es, para Jesús, una virtud más sino la única



Es la compasión el principio que ha de inspirar la conducta humana.

La vida y el mensaje de Jesús no se pueden entender al margen de su contexto histórico y social. La paz romana, paz hecha y pensada desde la guerra, es el fondo de todo el Nuevo Testamento. Ello ayuda a entender por qué Jesús va a decir que la paz que Él trae no la trae como la paz de este mundo. Al ser la paz don de Dios y tarea humana es una paz que se construye desde la paz y la «noviolencia».

La paz que testimonió Jesús relativiza y critica de modo radical los valores socialmente hegemónicos. Cuando Jesús, a la pregunta de sus discípulos «¿quién es el primero o el más importante entre ellos?», contrapone su modelo de relaciones humanas al de los jefes que actúan como señores absolutos y a los grandes que oprimen a las naciones con su poder (Mc 10,42), está denunciando la paz romana y presentando la «noviolencia» como modo alternativo y propositivo de construir vida y sociedad (Aguirre, 2000).

2. Optar por la «noviolencia» activa

Desde el principio compasión-misericordia

La «noviolencia» es característica fundamental del mensaje de Jesús, de la Iglesia de los orígenes y de los primeros siglos, según estudiosos como Gerhard Lohfink (1986). La «noviolencia» hace de la Iglesia pueblo de Dios, una sociedad alternativa o sociedad señal de contradicción.

En los evangelios no aparece el término «noviolencia». Es una expresión que proviene del sánscrito «*ahimsa*». Ni siquiera es una realidad específicamente cristiana. Pero sí es posible reconocer en Jesús su práctica y no solo por algunas de sus enseñanzas que se han vuelto referente común al respecto, sino por toda su vida (Vidal, 1971). La «noviolencia» se encuentra en el corazón de su mensaje y de su anuncio del Reino de Dios.

manera de ser como es Dios. El único modo de mirar el mundo como lo mira Dios, la única manera de sentir a las personas como las siente Dios, la única forma de reaccionar ante el ser humano como reacciona Dios».

En Jesús, el principio compasión misericordia es una auténtica praxis de paz y de «noviolencia». Jesús desenmascara las falsas paces basadas en la guerra, que sostienen y alimentan las situaciones injustas y de exclusión. La paz, desde el actuar misericordioso de Dios Padre y de Cristo, no es una paz desencarnada del compromiso histórico por la justicia. Y no solo eso.

Optar por la «noviolencia» es decir no a todas las justificaciones y a todas las legitimaciones que hacen de la violencia algo legítimo.

Afecta la imagen y la comprensión de Dios. Para el discípulo, la imitación de Dios misericordioso es la máxima razón para la «noviolencia» activa.

La «noviolencia» evangélica implica la asunción de algunos principios que brotan de las mismas enseñanzas de Jesús. El primero es el respeto absoluto de la persona humana, de su dignidad, de su vida, de toda forma de vida. El segundo es el amor a los enemigos. Amor que se orienta a la conversión del enemigo al bien, a la verdad. Y este es un modo de entender la frase de Jesús sobre poner la otra mejilla. Presentar la otra mejilla es atacar esencialmente la conciencia de aquel que no respeta al ser humano. Con esta segunda bofetada, se le dice la verdad, se la habla a su conciencia, para que vea la injusticia que comete y cambie.

El tercer principio, consiste en acoger al amor de Dios y amar a modo suyo, a modo de Cristo, hasta dar la vida, siguiendo el ejemplo de Aquel que «no vino a ser servido sino a servir». Y el cuarto, desde las palabras y acciones de Jesús en el texto de la mujer adúltera: decir la verdad, denunciar la injusticia, despertar las conciencias y negarse a hacernos cómplices de las mentiras y de las injusticias.

Desde la educación para la paz

Es necesario reconocer que la «noviolencia» es extraña entre nosotros. Otorgamos un amplio lugar a la violencia, mientras que poco o nada a la «noviolencia». Incluso en la Iglesia, en su predicación y en su propuesta educativa la «noviolencia» o se desconoce, se malentiende o se habla de ella de modo esporádico.

Optar por la «noviolencia» es decir no a todas las justificaciones y a todas las legitimaciones que hacen de la violencia algo legítimo, normal y -si

cabe la expresión- hasta «natural». No se busca solo poner ciertos límites a la violencia y a la guerra (jurídicos o éticos), sino negarse al uso de cualquier forma de violencia, a buscar objetivos loables por medios violentos. En lógica de «noviolencia», el fin no justifica los medios. En la «noviolencia», «no todo vale».

La «noviolencia» se subraya desde la educación para la paz. Hemos de entender un modelo de desarrollo alternativo atento a aquellos aspectos que son deshumanizantes. Lo que se busca es asumir la «noviolencia» como estrategia de transformación de la sociedad, como un modo, -el más eficaz- de luchar contra las injusticias. Por lo tanto, la «noviolencia» implica un proyecto nuevo y alternativo de sociedad, más justo y solidario, que renuncia a toda forma de violencia y a las armas para conseguirlo.

3. El «otro» como paradigma

Desde el principio compasión-misericordia

Jesús impulsa una nueva manera de entender y de vivir la experiencia de Dios, la convivencia humana y la construcción del mundo. El Reino de Dios que hace presente es una nueva experiencia de Dios. Es una invitación a actuar como el Dios misericordioso. Es una invitación a abandonar las lógicas militaristas y a entrar en las lógicas «noviolentas» de la misericordia de Dios, que quiere justicia y compasión por los últimos, los excluidos y los humillados. Jesús invita a aprender a vivir desde otro lugar diferente: a partir de la compasión por los que sufren, desde la lucha por la dignidad de todo ser humano (Pagola, 2006).

Es una alternativa que se orienta a una transformación radical del ser humano, a su modo de relacionarse, de ver y de concebir al otro, al diferente. Jesús supera la lógica de retribución, que jerarquiza y divide a los seres humanos. Rompe la lógica moralística que divide el mundo entre buenos y malos. Supera el ver la vida en categorías de enemistad, de chivo expiatorio. Jesús hace la paz no eliminando la diversidad, sino los códigos con los cuales se interpreta lo que están adentro y los que están afuera, la identidad y la alteridad, la pertenencia y la exclusión. No solo se trata de ver qué nos une, sino de vernos como iguales y a la vez esencialmente distintos. Por lo que se trata de reconocernos semejantes, pero también de reconocer y de aceptar la diferencia.

Jesús rompe todos los esquemas discriminatorios entre amigos y enemigos, entre pueblo elegido y gentes extrañas e impuras.

Jesús cambia un modo de ver común en las sociedades de su tiempo, pero igualmente presente hoy. Modo de ver que concibe el mundo dividido en dos: nosotros y los otros, los griegos y los bárbaros, los judíos y los gentiles (Dianich, 1997). Así, desde el texto de Pablo, la concepción y la mirada sobre el otro es aspecto central en la comprensión cristiana, en la cual, primero hay que considerarlo como «otro».

El principio misericordia nos ofrece un paradigma «noviolento» ni excluyente frente al otro, desde el cual se supera toda forma de exclusión y marginación. En la parábola del buen samaritano, Jesús cambia la manera radical de comprender al prójimo. En tiempos de Jesús existía un fuerte debate entre las escuelas rabínicas sobre el significado y alcance del prójimo. Para unos, el prójimo era solo quien pertenece a mi clan familiar o a mi tribu. Para otros, prójimo abarcaba también al extranjero siempre y cuando habitara dentro de los límites de Israel (LV 19,33-34). El debate frente al otro exigía que se definiera quién era el prójimo a quien debía amarse: ¿solo a quien pertenece al propio grupo?

Con la parábola, Jesús rompe todos los esquemas discriminatorios entre amigos y enemigos, entre pueblo elegido y gentes extrañas e impuras. Con la compasión caen las barreras. Para Jesús, prójimo no es a quien se ama, sino quien tuvo misericordia. El principio compasión misericordia nos invita a tomar conciencia de la necesidad del cambio de mentalidad frente al otro, al diferente.

La parábola es una invitación a superar la cultura del enemigo, de la desconfianza, de la amenaza de la identidad. Es un llamado a reconocer en el otro a un hermano y como hermano precisamente en su alteridad. La fraternidad se convierte así en el modo de vivir en la actual sociedad globalizada, de globalizar la solidaridad.

Desde la educación para la paz

En la educación para la paz, la postura frente al otro, al diferente es también propósito educativo y objeto de transformación (Tuvilla, 1993).

Con Galtung (1993), uno de los más reconocidos investigadores para la paz, la violencia cultural recibe diversos nombres: ideología de violencia, cosmovisión militarista, antropología militarista. Tiene como base una cosmovisión violenta del otro, del diverso. Cosmovisión del mundo de buenos y malos, aliados y enemigos, concepción peyorativa de la persona que discrepa: este es un supuesto enemigo, mientras no se convierta en un aliado.

Cosmovisión que tiende a «deshumanizar» a los grupos ajenos, en la que el enemigo puede convertirse rápidamente en algo menos que humano y en objeto sobre el cual proyecten las personas sus sentimientos de odio, venganza, vergüenza e insatisfacción. Ese otro es percibido como alguien a dominar y a controlar.

Hemos de ser conscientes de las formas de relación violentas frente al otro: a) tratándolo como alguien que debe ser temido, y si fuera posible, eliminado; b) tratándolo como inferior, merecedor de lástima y de desprecio; c) se puede generalizar al otro obviando su individualidad y despojándolo, por tanto, de su identidad personal; d) se le puede trivializar ignorando aquello que le hace inquietantemente distinto; e) se le puede homogeneizar afirmando que en realidad no existe diferencia entre ellos y nosotros; f) se le puede vaporizar, negándosele a reconocer su presencia (Schreiter, 1992).

La educación para la paz debe cambiar esta cultura. El principio clave que debe animar este tipo de educación es el respeto por la igual dignidad común de todos los seres humanos, como iguales y diferentes. Todos pertenecemos a la misma especie: la humana. A su vez, los seres humanos somos diferentes. La diferencia, por tanto, es tan importante como la igualdad. En una educación para la paz se trata de actuar desde una ética de la alteridad.

Se debe educar en el respeto por las diferencias, en la comprensión de las singularidades, en la complementariedad como principio de acercamiento a las diferencias, en la reciprocidad como base de la cooperación. Se hace necesario la superación de los prejuicios y los estereotipos. Se ha de educar

para crear y mantener relaciones abiertas y positivas con los demás, y para fomentar la capacidad de vivir de acuerdo con los principios de respeto a la diversidad humana. El diferente ha de ser visto no como una amenaza, sino como una riqueza. Con este tipo de educación se busca superar toda tentación de asimilar al otro, orientarse a la acogida, a la escucha, a la reciprocidad, al respeto, al diálogo.

A este respecto son importantes las afirmaciones de Edgar Morin (1999): «La educación del futuro deberá velar por que la idea de unidad de la especie humana no borre la de su diversidad y que la de su diversidad no borre la de la unidad. Existe una unidad humana. Existe una diversidad humana. Comprender lo humano es comprender su unidad en la diversidad, su diversidad en la unidad. Hay que concebir la unidad de lo múltiple, la multiplicidad del uno. La educación deberá ilustrar este principio de unidad/diversidad en todos los campos: en el campo individual, en el campo social, en el campo cultural (diversidad cultural y pluralidad de individuos)» (p. 34).

4. Opción por las víctimas de toda forma de violencia

Desde el principio compasión-misericordia

El proyecto del Reino de Dios es el proyecto de la convivencia pacífica y del respeto a los otros seres humanos y a todos los seres vivientes. Proyecto que no quiere víctimas ni sacrificios, sino que opta por las víctimas de la historia.

En la historia del mundo, redactada desde la lógica de los vencedores y sobresalientes, en el camino y en el olvido, han quedado los pobres y las víctimas, a quienes se les niega su calidad de sujetos de la historia. Esta es una historia pensada, narrada y contada desde la lógica de la violencia.

El Dios que se revela en la historia, el que se hace historia en Cristo, asume la historia desde otras lógicas -que pueden llamarse no violentas- porque la narra y la asume desde las víctimas, desde su liberación. Toda la historia de la salvación es la historia de la opción de Dios por las víctimas de la historia. Historia que tiene un momento fundamental en la liberación del éxodo. Historia que en Cristo se abre a otras formas de hacerla: desde el amor gratuito y desinteresado, desde la solidaridad y el servicio. Amor, servicio y solidaridad que se orientan a supe-



rar toda forma de exclusión. Es la victoria del amor sobre la violencia.

Este modo de ver la vida y de hacer la historia desde el Dios misericordioso que opta por las víctimas es propio de la parábola del buen samaritano. Ella nos muestra a un Dios compasivo, que se conmueve desde lo más profundo por el herido del camino, por quien sufre.



El buen samaritano es el tipo de Iglesia y de cristiano que se propone para hoy, para una sociedad globalizada, universal, plural, diversa y excluyente. Es la imagen de una Iglesia que se pone al servicio del otro, de los otros, especialmente al servicio de ese otro pobre que la globalización olvida y relega. Es el tipo de una comunidad que no pasa de largo, que no es insensible, que no es indiferente. Es una comunidad abierta a todos, a los otros, especialmente

a los pobres. Es una Iglesia que solo será de todos si es de los pobres.

El teólogo alemán Johann Metz (s.f.) afirma que la compasión ha de ser el programa universal del cristianismo en esta época de pluralismo cultural y religioso, y de profundas exclusiones. En este contexto, la pregunta y el discurso sobre Dios solo serán creíbles y significativos, si se hace desde las



víctimas y desde quienes sufren. Solo será creíble desde un Dios sensible al sufrimiento de los otros. Es la postura propia del buen samaritano y de todas las demás parábolas de la misericordia, en las que el centro de atención no es el pecado, sino el sufrimiento. Hablar de Dios y de Jesús en esta época es hablar del sufrimiento de los otros, porque un Dios que se conmueve, sale al encuentro, no es indiferente, no pasa de largo.

Desde la educación para la paz

Las víctimas han de ser también el eje «vertebrador» de la investigación, la educación y la acción por la paz (Etxeberria, 2009). La voz y presencia de

las víctimas de injusticias de diversa índole han de ser relevante en la educación, no solo como expresión de reconocimiento a ellas, sino como el mejor modo de concretar una auténtica educación para la paz. Su presencia en la educación no ha de ser solamente indirecta, pasiva o implícita. Pues ello, solo conduce al asistencialismo y al paternalismo, pero no al protagonismo de las víctimas.

La educación para la paz pide un tipo de presencia activa y directa de las víctimas de la violencia. Una presencia realmente interpeladora. Pues su presencia tiene que ver tanto con los temas de memoria, perdón y reconciliación, como con los temas de transformación personal, social y estructural.

El principio compasión-misericordia cuestiona formas educativas en la Iglesia que pueden crear y mantener prejuicios, discriminaciones, marginaciones, racismos, nacionalismos, fundamentalismos, patriarcalismos y exclusiones.

Conclusión

El principio compasión-misericordia sirve también para cuestionar los modos de educar en la fe e inspirar modos «noviolentos» y sin violencias. Cuestiona formas educativas en la Iglesia que pueden crear y mantener prejuicios, discriminaciones, marginaciones, racismos, nacionalismos, fundamentalismos, patriarcalismos y exclusiones. Lo que hace entrever una doble necesidad, no puntual, sino permanente.

La Iglesia debe ser considerada a la vez como sujeto y objeto de educación para la paz: se hace necesario educar a la Iglesia para la paz y que la Iglesia eduque para la paz. Esto, desde el convencimiento de que la paz no es un sector o ámbito entre otros de la pastoral o de la teología, sino que es un paradigma nuevo, es hermenéutica, epistemología. Jiménez, M. (2016) Teología de la paz: aporte a la transformación misionera de la Iglesia. Y ello es consecuencia de entender que la misericordia es estructurante en el ser de Dios, en el de Jesús y ha de serlo en el de la Iglesia. Es, en últimas, consecuencia de «ser misericordiosos como el Padre». ☉

Bibliografía

- Aguirre, R. (2000) «Conflicto y paz en la Biblia». En: Enrique E. Miret Magdalena (ed), XX Congreso de Teología. El cristianismo en un mundo plural y conflictivo. Diálogo sin barreras. Madrid: Centro Evangelización y Liberación.
- Dianich, S. (1997) *Chiesa*. En: L. Lorenzetti (ed), *Dizionario di teologia della pace*, EDB, Bologna, 232-235.
- Etxeberria, X. (2009) La educación para la paz vertebrada desde las víctimas, Bakeas, Bilbao.
- Galtung, J. (1993) «Fundamentos de estudios sobre la paz». En: Ana RUBIO, Presupuestos teóricos y éticos sobre la paz. Seminario de la paz y los conflictos. Granada, Universidad de Granada.
- Jiménez, M. (2016) Teología de la paz: aporte a la transformación misionera de la Iglesia.
- Lohfink, G. (1986) La iglesia que Jesús quería, Desclee De Brouwer, Bilbao.
- Metz, J. B. (s.f.) Un programa universal del cristianismo en la época del pluralismo cultural y religioso, En: <http://www.foroellacuria.org/publicaciones/metz-compasion.htm>
- Morin, E. (1999) Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. París: UNESCO.
- Pagola, J. A. (2006) «La alternativa de Jesús». En: A. Ávila (ed), El grito de los excluidos. Seguimiento de Jesús y teología. Homenaje a Julio Lois Fernández, Navarra: Verbo Divino. 173-188.
- _____ (s.f.) Jesús, poeta de la misericordia de Dios, en <https://web.unican.es/campuscultural/Documents>
- Schreiter, R. J. (1992) Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio. Santander: Sal Terrae. 80-81.
- Sobрино, J. (1992) El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados. Santander: Sal Terrae.
- Tuvilla J. (1993) Educar en los derechos humanos. Propuestas y dinámicas para educar en la paz. Madrid: CCS.
- Vidal, L. (1971) Fundamentación de una pedagogía de la no-violencia y la paz. Valencia: Marfil.